

Lammadame

#9



COLECTIVO LAMBDA

MÉXICO
2014



Narrativa

Dos historias mellizas – Juan Rivera

Cuando entres – Lorette

El peso del aroma – Juan Tovar

Súcubo – Vago Flores

Poesía

Amor amarillo – Alejandra Cruz Escalante

Perspectiva – Alan Guagnelli

Soneto biodegradable – Mamilo

Teatro

Lammatraca – Rodrigo Alberto Cuellar

El amor de las luciérnagas – Abdul. C. Bornio



Descarga
Lammadame
desde casalamm.com.mx



Editorial

De viva y cercana voz conocí la historia de un hombre, que gracias a una gota del cielo, buscó escribir una historia con el grado más alto de realidad, lo que llevó, al hombre, a ser el relato más fantástico que recientemente he escuchado. Y también, sin saber cuándo (porque pudo ser mañana), me enteré de la existencia, o desaparición, del Colegio del Futuro. Quien me contó ambas historias las bautizó con el nombre de mellizas... y fue certero, aunque la primera terminó por ser leyenda y la otra, desde un principio, le aterraba la idea de la permanencia.

Quizá esta Madame se debate igualmente entre irse y quedarse, como buena mujer. Y mientras, juega a ser fantasía, como imposible mujer.

Toda esta Madame me parece una mujer escrita en voz baja: te cuenta al oído la realidad de las luciérnagas, te amenaza con no contarte los detalles del color amarillo, te sugiere el aburrimiento de dios y dibuja a un anciano montado en bicicleta.

Esta Madame es, en voz baja, fantasía.

Rodrigo Alberto Cuellar



Lammadame

Editor	Coeditora
Misael Carbajal	Alejandra Valverde

Ilustradora
Luciana Mazzotti

Narrativa
Juan Rivera - Abraham Domínguez

Poesía
Luna Beltrán - Juan Tovar

Teatro
Abdul C. Bornio - Rodrigo Cuellar

Ilustrador invitado (*Pags. 4-5*)
Jonathan Carbajal

lammadame@casalamm.com.mx

Lammatraca

Rodrigo Alberto Cuellar

Narremos lo que fue porque afortunadamente volverá a suceder. Esa es una de las grandes ventajas de los festivales: anuncian su llegada, vienen, dan tercera llamada, nos arrasan y en el momento en que están terminando esperamos el siguiente, sobre todo si cuentan con más de diez años continuos en escena.

Del que hablamos en esta ocasión es del *XII Festival Internacional de Cabaret*, que proporcionó desde el catorce al treinta de agosto una cargada prolongada y abierta, y lo hizo porque hoy y desde hace mucho hay ocasión de burlarse de la sociedad, de la cultura, de la política y del teatro mismo.

Y si usted se pregunta por qué Lammatraca exalta al cabaret siendo una palabra que no es bien recibida, que nos parece sórdida, recóndita y que creemos que, si nos adentramos en ella, encontraremos deformaciones humanas... es porque, en efecto, así es, pero mucho más divertido. Lammatraca también exalta el cabaret porque es el festín de las artes escénicas: danza, canto, actuación, improvisación, pantomima y libertad. En el escenario del cabaret tanto el humor, la protesta y la opinión tienen el color y tesitura que mejor les venga en gana.

¿Qué es entonces lo que oscurece a este espectáculo escénico? Probablemente, y aunque sea una palabra de luz: la fiesta. A diferencia de otros escenarios el cabaret nace en el seno de los bares y de los cafés nocturnos. El alcohol es uno de los ingredientes que intervienen aquí, pero no el único: también está la constante y alegre interacción del actor con los espectadores y de los espectadores con los espectadores. Se puede brindar y señalar en el momento mismo de la obra. Al ser un ambiente tan libre, tan festivo, creemos que es incontrolable... y en eso radica la gran virtud de los *cabareteros*: como si fueran maestros de orquesta del desorden, saben poner los matices, las pausas, las tesituras; y también reconocen el potencial de sus músicos (los espectadores) y se divierten por y con ellos. Esto es, por supuesto, hablando de los que ofrecen sus espectáculos basándolos en la interacción y en la espontaneidad, pero hemos de decir que no

todos son así, lo que sucede es que el ámbito festivo de Lammatraca aplaude estos arrojios de improvisación organizada.

Por otra parte, si el cabaret ha reunido distintos talentos histriónicos en el escenario, entre sus espectadores tampoco ha habido falta de personalidades artísticas. Apollinaire, Max Jacob, Modigliani y Pablo Picasso fueron algunos de los artistas que manifestaron su interés por estos espectáculos.

Por todo lo anterior Lammatraca celebra la existencia de un festival así en la ciudad de México. Los organizadores, durante los doce años de existencia del festival, han logrado convocar a los mejores grupos cabareteros de Argentina, España, Alemania, Estados Unidos, Uruguay, Austria, Colombia, Cuba, entre otros. Así que este encuentro es y ha sido por más de una década la oportunidad de la burla mundial desde la comodidad de nuestra desastrosa ciudad.

La principal sede del festival es el Bar el Vicio, ubicado en Coyoacán, pero los eventos no se limitan al punto sur de la ciudad; algunos otros teatros que albergan el festival son: Foro a poco no, Carretera 45, Centro Cultural España, Faro de Oriente y Faro de Milpa Alta. Si fueron necesarios tantos escenarios es porque la programación del evento, en su doceava edición, contó con más de 60 espectáculos, entre los que destacaban, tan solo por el atractivo de sus títulos: *Casi en blanco y negro*, *Una flaca y dos patanes*, *Los vampiros vegetarianos*, *Disertaciones de la Chingada*, *12 dioses en pugna*.

Además de las funciones, el Festival ofrece talleres abiertos al público enfocados al cabaret, que son impartidos tanto por artistas nacionales como internacionales. También hay conferencias y mesas redondas, por si el cabaret se quiere volver más reflexivo.

Ya lo anunciábamos al principio, en esta ocasión Lammatraca narra lo que fue porque volverá a suceder. Y si usted tiene la curiosidad de averiguar y conocer lo que fue la última edición del festival, en su página de internet podrá encontrar videos de las obras presentadas y también estar al tanto de lo que se avecina para el próximo año.



El amor de las luciérnagas

Abdul C. Bornio

*Vendrán los días buenos. Como las luciérnagas.
Intermitente. Y eso bastará... eso bastará.*

Al igual que tú, mi primera reacción fue preguntarme: ¿Y esta obra de qué va?

De los siete miembros del elenco, tres de ellos tienen personajes fijos sin progresión alguna, uno resulta ser un comodín y el resto engloba a la verdadera protagonista: la otredad.

La trama tiende a la intrincación cómica, más que a la comedia de enredos, pero al mismo tiempo resulta profunda y filosófica.

Los diálogos son inverosímiles —porque nadie habla así en la vida real—, como para denotar el talante poético del dramaturgo, pero el léxico es muy cotidiano —“no mames”; “estoy hasta el pito”— como para colocarlo en la boca de cualquiera.

La escenografía es prácticamente nula pero los pocos elementos de utilería se usan de formas tan variadas que no se extrañan los aires de superproducción.

Quizá porque no se requiere un verdadero despliegue histriónico, las actuaciones son más bien simples, a diferencia de las habilidades de entonación y retentiva, imprescindibles a causa de la profundidad discursiva del tema.

Pese a todo ello, lo que verdaderamente no captaba era a partir de qué subgénero asimilarla.

Dicen que *El amor de las luciérnagas*, de Alejandro Ricaño (texto y dirección), se inscribe dentro del realismo mágico, pero hay algo ahí que a mí no me cuadra. Sí, quizá el hecho de que mágicamente haya dos Marías (y que se emplee a tres actrices para interpretar a la original mientras que “la otra” ni siquiera aparezca) apunte a esta dirección pero tal desdoblamiento surge a partir de una máquina de escribir que vuelve a la realidad todo lo que se escribe en ella. ¿Soy el único al que eso le parece un elemento más bien fantástico? Por otro lado, el desplazamiento geográfico: de Europa, por Ibsen; América, por Pellicer. Seguro también te pareció que era una metáfora de la búsqueda del otro y el reencuentro con uno mismo o la pérdida, el abandono y la recuperación, ¿o no? Sin embargo, el viaje en pos de encontrar a la impostora, rebautizada Nicole Kidman, la normalización del accidente (¡vayamos en pos de mi amado quien se fue con mi otra yo!) y el exotismo de las locaciones (Bergen, Noruega a México, DF-destino-Guatemala, pasando por recuerdos de tijuaneses y escalas en Veracruz) me hace pensar igualmente en lo real maravilloso, aunque muy ligeramente.

En efecto, se vuelve cada vez más complejo. La tercia principal, que más bien es triada, tiene connotaciones filosóficas —el uno, el otro y el todo—, psicológicas —Yo, Ello y Superyó— y hasta religiosas —trinidad de Marías— pero, sobre todo, temática romántica: el anhelo de la pareja idealizada, la confrontación con el yo ideal, el descubrimiento del amor [tal vez] real y la reconciliación con el amor propio. Es entonces cuando lo entiendo. En materia de romance, toda historia se narra desde la emoción con la que se experimenta. Al salir del teatro caí en cuenta de que *El amor de las luciérnagas*, con lo ilógica, hiperbólica y afectada que podría llegar a ser, fue una historia realista para mí, y con ello, todo lo mágica, fantástica y maravillosa que puede ser la realidad cuando uno sale en busca de sí mismo.

GÉNEROS DE LA FICCIÓN



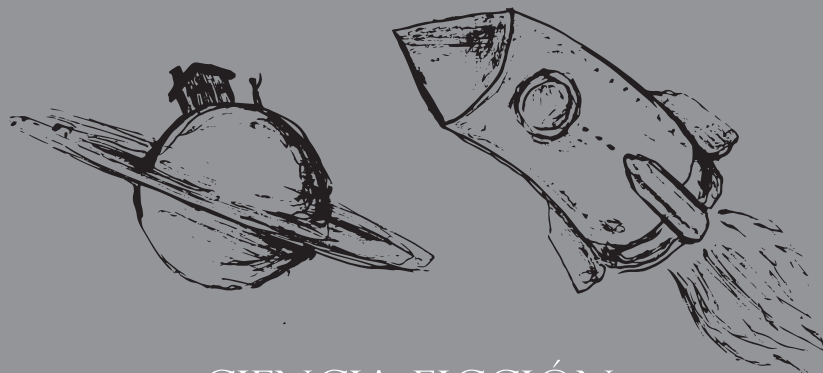
LITERATURA FANTÁSTICA

Realidad fantasiosa (fantasía) + mundo real. Irrupción de un hecho fantástico en la realidad. Realidad fantasiosa que convive con la realidad real al grado de entremezclarse. Ej: *Las crónicas de Narnia* y *Harry Potter*.



REAL-MARAVILLOSO

Ambiente fantástico + hecho irreal / quehacer cotidiano. El desapego de la realidad tiene su base en el contexto tradicional, folclórico y exótico que resulta usual para los personajes (aunque exasperados), pero anormal (o lejano) para el lector. Ej: *Chac Mool* y *El reino de este mundo*.



CIENCIA FICCIÓN

Mundo realista + hecho irreal / justificación científica. Tratamiento lógico de un hecho fantástico o no comprobable (pero sí inferible) con apoyo de un tenor científico, industrial o tecnológico. El plano de la realidad puede ser

paralelo, tangente o aparente. El hecho continúa siendo irreal puesto que los alcances de la ciencia actual no se bastan para justificar o dar solución al caso por sí mismos. Ej: *Yo Robot* y *Crónicas marcianas*.





I

Un sujeto quería escribir una historia de barcos. Una gota del cielo se lo había revelado de repente, un día que prometía todo excepto lluvia. Conocía el mar, pero además sospechaba que el mar lo conocía a él. Eso le era más importante. Había abordado alguna vez un barco y lo recordaba, pero además la experiencia lo había abordado a él y no lo dejaba en paz ni en la más trivial de sus siestas. El sujeto era, pues, un candidato ideal para escribir una historia de barcos.

Una segunda gota le aclaró que tenía que escribirla a manera de diario. Su personaje sería un grumete. Tuvo la sensación de que no crearía una ficción desde ceros, sino que desenterraría unos viejos folios, apolillados, amarillentos, y los presentaría con tal menudencia que hiciera dudar incluso a un escéptico acerca de los límites de la realidad. Era esencial que el escrito transmitiera su deseo de vestigio.

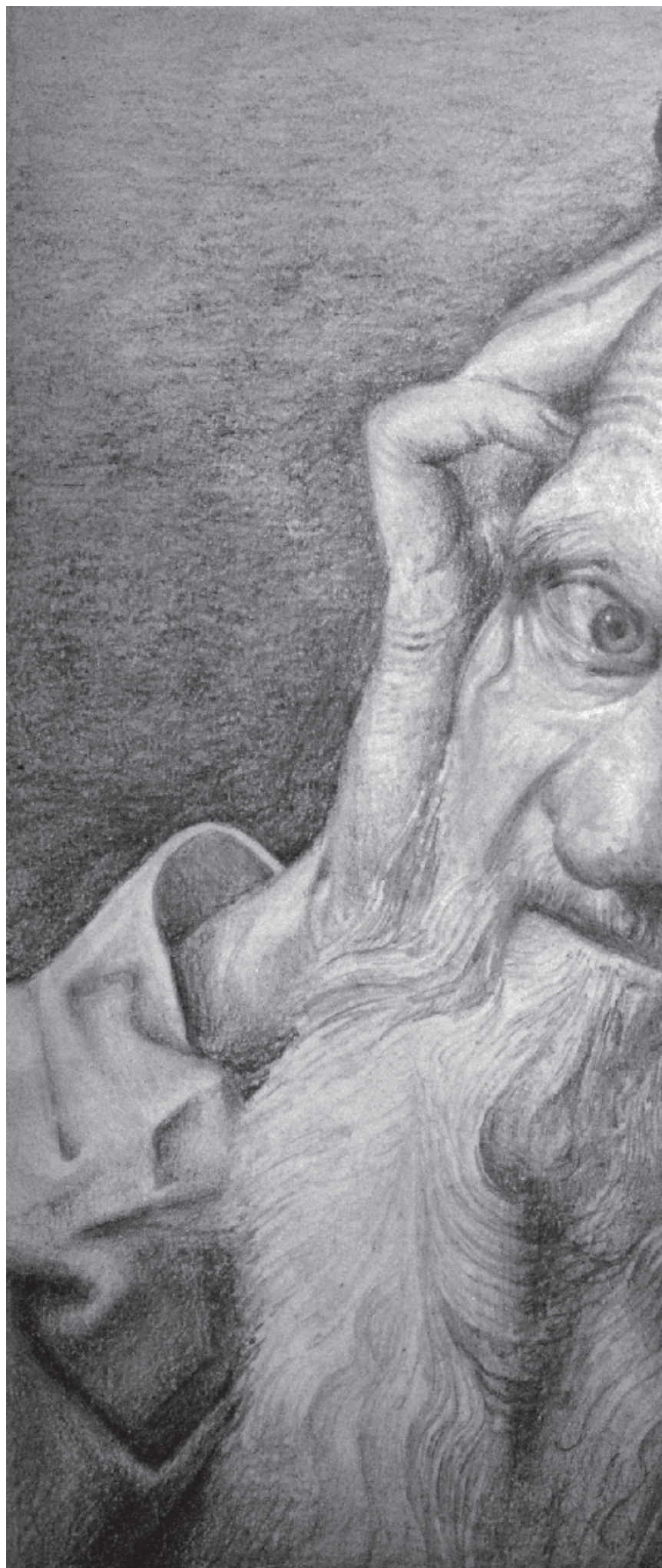
Entonces el sujeto inició un proceso de investigación. Se enteró de los métodos más eficaces para construir una embarcación y también para inundarla. Estudió los diseños navales a lo largo de la historia y después pronosticó los del futuro. Se aprendió un sinnúmero de términos marítimos al grado de que su lenguaje se volvió inútil para la cotidianidad terrestre, y practicó los nudos navales con tanto interés que perdió la habilidad de acomodarse la corbata al estilo regular.

Una tercera gota le cayó encima. Era una lentísima lluvia, evidentemente. Ésta le reveló de pronto que su personaje, según su joven edad y su reducida pericia náutica, no podía expresarse con la especificidad que él había obtenido durante su investigación. Para que fuera congruente, era necesario que existiera en el discurso del grumete cierta ignorancia de por medio, cierto folclor, cierta ingenuidad. Entonces el sujeto se obsesionó con los ejercicios literarios de la juerga y los refranes marítimos. Insistió con la verosimilitud hasta el límite de concluir que un muchacho de esa época, con tales condiciones socioeconómicas, no podía poseer de ninguna manera los conocimientos geográficos ni culturales básicos que él había calculado. Así que su historia comenzó a sufrir estas cualidades realistas del personaje, perdiendo claridad, perspicacia y trasfondo ideológico. Descripciones y pensamientos súbitos se apoderaron de la narración; sin embargo, era magníficamente factible.

Otra gota le cayó al sujeto, definiendo esta ocasión que la verosimilitud no sólo sería el estandarte de su literatura, sino también su artillería. Decidió que conduciría al extremo esta filosofía, y se dedicó a escribir el diario en amplios folios, a tinta y pluma, tal como lo hubiera hecho su personaje. Enseguida se propuso aplicarle a su caligrafía un pulso dubitativo, queriendo representar el oleaje que padecía la embarcación en que viajaba el grumete. Al final, obtuvo un grueso manuscrito que hasta la humedad del mar había capturado en la fibra de sus folios.

La última gota que le cayó del cielo le reveló que, si lo que realmente perseguía era el grado realista más alto, lo propio sería cavar un hoyo en la tierra y sepultar su historia. Así las polillas y el tiempo harían lo suyo para enriquecer el escrito. Y lo hizo.

Para cuando alguien la descubrió, muchos años después, la anécdota tenía aires de leyenda.





II

Los integrantes del Colegio del Futuro escriben sus historias en presente. Les parece el tiempo verbal más inesperado de acuerdo con su nombre, y justamente, en buena parte, de eso se compone el futuro: de lo inesperado.

Los fundadores no han querido esperar a que la historia los absuelva; han preferido dar un paso adelante y absolver ellos mismos a la historia: hacer la paz con tantas guerras consumadas.

El Colegio del Futuro considera que es casi tan preciso —y por consiguiente tan impreciso— la dilucidación del ayer como la del mañana. A los miembros les gusta pensar que la gente acierta con mayor frecuencia cuando pronostica el clima de los próximos siete días, por ejemplo, que cuando recuerda el de la semana pasada: la profecía puede ser mejor vehículo de la verdad que la remembranza.

En su biblioteca están prohibidos los libros de historia, por supuesto, y también los de ficción escritos en pretérito, pues presentan éstos la doble mentira; primero, la creada por la inventiva del autor, y segundo, encimada, la creada por el inevitable desplome de su memoria: la doble mentira, la doble negativa, sostienen algunos, resulta después de todo en veracidad.

Existen, como éste, muchos escenarios paradigmáticos que se vuelven más intolerables entre más se profundiza en ellos. Un reconocido catedrático de la institución admitió idéntica la probabilidad de hacer un viaje al minuto siguiente y declarar: “Es totalmente distinto a como lo imaginaba”, que de hacer un viaje al próximo milenio y declarar: “Es exactamente como lo imaginaba”: la cosa con el futuro es que no respeta distancias.

Otro escenario paradigmático es aquél que defiende que para acercarse al futuro no se requiere avanzar más rápido que el mundo, sino permitir que el mundo avance más rápido que uno. Si pudiéramos apear-nos de la Tierra literalmente y quedarnos flotando en el mismo lugar, al cabo de un año el planeta nos alcanzaría y entonces percibiríamos de alguna manera la naturaleza del porvenir: el Colegio del Futuro prepara a sus alumnos para hacer eso dentro de sus mentes.

Claro que, como en todas, hay obstáculos en esta materia que realmente ponen en complicada situación a sus académicos. El más obvio es el hecho de que una parte de su campo de estudio muere a diario, al cumplirse las veinticuatro horas del día: raramente se reflexiona acerca de que la historia es una materia en crecimiento y el futuro una en decadencia.

Sin embargo, lo que verdaderamente destroza a los miembros del Colegio del Futuro es imaginar que tras la muerte pasarán a ser algo así como una efeméride que nadie escucha. Por eso se entiende que, aunque presumen ser una institución laica, tiendan hacia las creencias de reencarnación: es como si el futuro le dejara un camino de migajas a la historia, que, por más que acelera su trote, no ve su final.

Que alguien crea que la operación del Colegio del Futuro tiene aires de leyenda es el mayor miedo de los integrantes. A pesar de todo, es inevitable que venga una catástrofe y sepulte la vida como la conocemos metros bajo la tierra, y entonces sólo será cuestión de tiempo para que alguien descubra entre ruinas la historia del Colegio del Futuro y la estudie como hecho histórico: sucedió ya, está sucediendo y sucederá.



Cuando entres

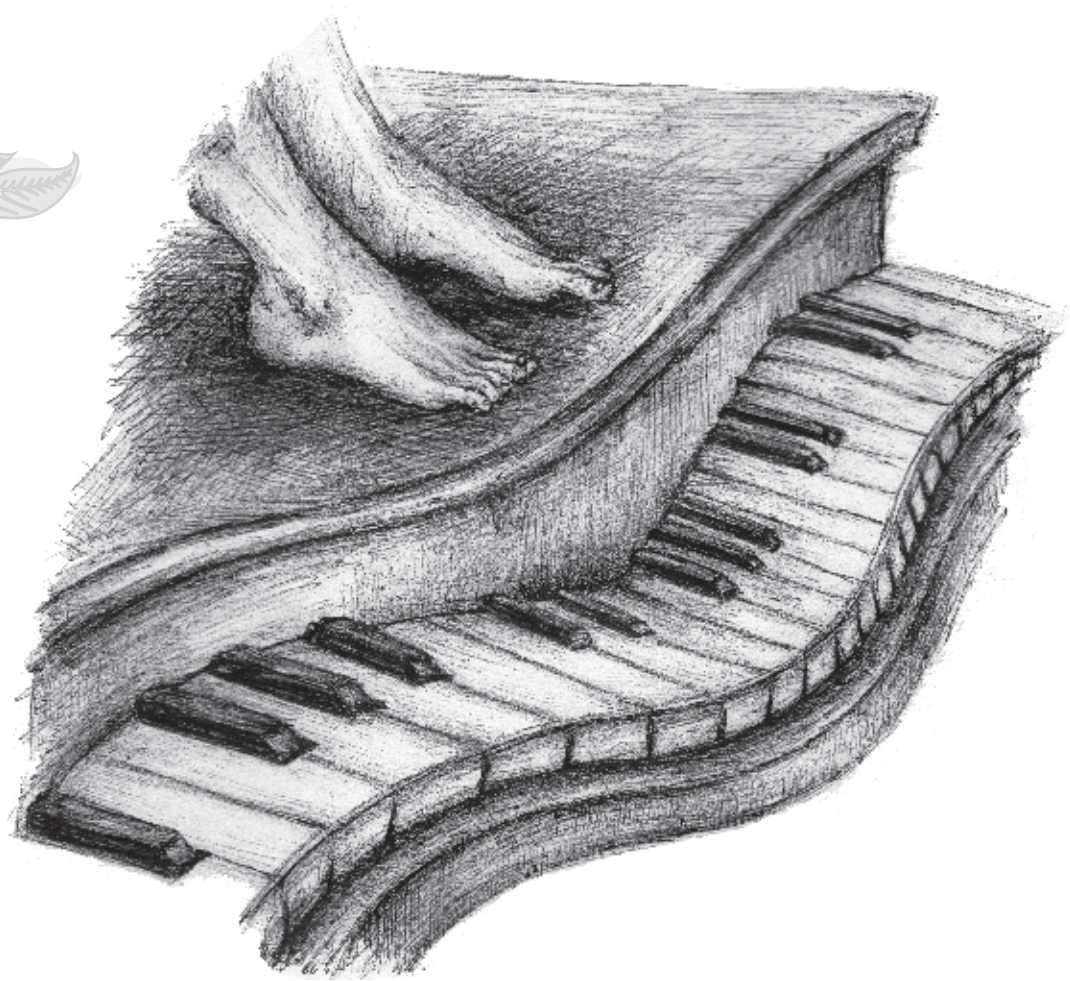
Lorette

A pesar de que te lo adviertan, vas a intentarlo. Dirígete sin demoras hacia aquel camino labrado por el tiempo. Abre la puerta y lo primero que lograrás distinguir serán a cientos de personas atravesando el pasillo principal para llegar de una habitación a otra. Da un paso más, no tengas miedo. De inmediato, vas a ser transportado por la multitud hacia ningún lado. Cuando ese lado se convierta en alguno, emergerá lo que pareciera ser un salón repleto de librerías. Docenas de páginas bailarían en lo alto. Detente. Han notado tu presencia; se acercan, te rodean, te sacuden, te acarician, te cubren y se dispersan. Ahora escucha la sinfonía de los cubiertos, siente la oleada de calor proveniente del horno, deslízate sobre la mantequilla. Puedes aconsejarle al cuchillo que invite a bailar a la lechuga; después de todo, el pobre no tiene la culpa de haber nacido con tanto filo. Espera. Otra puerta se abrirá. El jardín es maravilloso, tapizado de amarillo y cobre; contemplarás cómo los arbustos se podan a sí mismos en perfecta coordinación. El resultado es asombroso: el que parece perro eriza su lomo, la gacela huele a zarzamoras y el que tiene forma de cebolla no tiene chiste. Presta atención a las gigantescas rosas, porque se abrirán lo más que puedan y se elevarán unas sobre otras. Con delicadeza, sube en ellas; te balancearás sin cesar. Ten cuidado, aunque parezca que sí, no puedes volar. Recuerda que sólo tienes una oportunidad para saltar y entrar por la ventana de la torre más alta.

Todo es oscuro, afuera no hay cielo. De repente, florecerá el débil sonido de un piano. Cada nota emitirá un instante de luz, lo que provocará que tus párpados caigan en conjunto con tu pulso. Escucha. Estalla el sonido. Luz. Demasiada luz. Una criatura forrada en toques purpúreos golpea el piano a buen ritmo. Está triste, llora, se agobia, voltea, te sonríe; sus dientes son afilados, no sabes si es pelo o piel sobre el músculo. La pared te empuja hacia ella. Prueba el sabor de sus lágrimas y traga su aliento. Es un buen momento para recomendarte que corras a toda prisa, utiliza la misma ruta que seguiste para entrar.

Siente el pasto bajo tus hombros. No te detengas, la criatura se lanzará detrás de ti. Esta vez, las cosas serán diferentes. Las flores, que antes se posaron a tus pies, lanzarán sus espinas y herirán tu carne. Suplica por una salida y la encontrarás. Ahora, el fuego quema tu espalda y lastima tus oídos. No hay tiempo, levántate. Quedarte inmóvil garantiza tu muerte. No hay otra opción, tendrás que atravesar la cocina a toda velocidad por el torbellino de metales puntiagudos. Si logras evadir los cristales del candelabro y refugiarte en la chimenea de la sala, lo sabrás. Está cerca. Oye sus pasos. Siente la penetración de aquellos colmillos: es una experiencia única.

Ahí, donde nadie respira, yaces...



El peso del aroma

Juan Tovar

Odia que le digan abuelo. La palabra, según él, tiene a abolir la fatalidad y la reemplaza con sentimentalismo. Entonces le decimos anciano. ¿Pero quiénes?, él nunca tuvo nietos; era el excéntrico del pueblo y nosotros solíamos espiarlo al anochecer, cuando las velas que iluminaban su casa desprendían aquel aroma insospechable. A veces lo veíamos andar su bicicleta de grandes llantas, alta; me daba la sensación de que se convertía en un niño al usarla. Desapareció hace tres días, y al irrumpir en su hogar hallamos tres ediciones distintas de *En busca del tiempo perdido*, cada una anotada e incluso corregida por el anciano. Al lado, sobre el buró, había un pequeño libro de tapa color mostaza que perdía su brillo con el polvo acumulado.

«La humanidad es una plaga que luce bien en bicicleta. Cuánto ha pasado desde que el hombre concientizó su existencia y la búsqueda de la libertad se desencadenó incesante. Al respecto, Goethe decía que sólo es digno de libertad quien sabe conquistarla cada día. Pues si pudiera tenerlo frente a mí, le arrojaría el insulto más voraz, puesto que la libertad te conquista a ti, no tú a ella; esa palabra que tanto vale, que se anhela, que desploma su voluntad en los idealistas. Las palabras no se viven, se vive a través del cuerpo, porque la emoción del pensamiento es tortura. Allí donde empieza el silencio, la existencia nace. Por eso salir con mi bicicleta alta se convierte en filosofía; colarse con suavidad entre los autos, sentir el viento en el rostro, llegar al campo y oler la hierba húmeda. Eso es libertad, y no la palabra».

Aún olía a papel quemado. Muchos libros estaban rotos, las hojas arrancadas: cenizas en la chimenea. Rescatamos lo que pudimos y enterramos el diario del anciano. El profuso aroma a cedro se convirtió en alud para mis sentidos. Salimos de la casa con un gesto de inventario natural, disoluto, tal vez, el de la palabra en su fatiga. Miré al cielo... Antes de que se fuera lo vi montando su bicicleta alta. Tenía maquillado de blanco el rostro y usaba una nariz roja. Ese hombre se alejó con el peso de la humanidad sobre su espalda.



Súcubo

Vago Flores

Abre los ojos al escuchar el viento cortando la oscuridad. Tajos certeros. Duda al avanzar. ¿O no? Murmullos. No, sólo es la hojarasca que pisa; cada paso es un breve lamento.

¿Dónde estás, Job?

Se repite una y otra vez, cansado, que todo está bien. Tiene que estarlo. Una de las hojas le responde que no.

—No fue la hoja, cariño. —Está atrás de él, oculta en su gabardina negra.

No te asustes, Job; no corras.

Lilith, se bautiza con un guiño. El abdomen del joven hierve, sus manos tiemblan, la lengua se paraliza entre labios y dientes. Pero la de ella se suelta: una víbora de paladar que quiere arrastrarse por Job, encontrar el maná de su cuerpo.

—Sólo... no hables, ¿sí? —No necesita más. Su uña le delinea rojo el costado del cuello. Al lamerle su sangre, Job cae de rodillas. Ronroneando, Lili pregunta su edad. ¿Catorce?, ¿quince? ¿Qué mas da? Abre su gabardina: alas de murciélago. Lili hace que bailen, que jueguen con Job. Lo envuelve y él no sabe qué hacer. ¿Acariciarlas? ¡Son alas! ...no puede resistir lo que hay debajo: piel. Sólo piel. Tensa piel. Piel de mujer. Morder.

—¿Estás listo? —De nuevo al cuello. Las garras lo sostienen con fuerza: más sangre. Dolor. No, no puede ser; Job está dormido. Recuerda haberse acostado, el frío de las sábanas y el calor de sus manos. No recuerda el dolor. No puede haberlo... —No vengo para que me llenes, cariño; vengo a vaciarte... —Por fin sonríe Lili; es suyo. Sólo suyo. Sus alas los envuelven y forman un capullo. Palpita entre murmullos, gemidos y sollozos. Y entre éstos, un líquido oscuro baña el suelo.

... y Job cree despertar en la humedad de su noche... y, al salir de entre las sábanas, descubre el fluido en su mano.



FANTASÍA

Planteamiento de un mundo ajeno, distinto o lejano a la realidad conocida que funciona bajo sus propias leyes. Generalmente, dotado de factores mágicos, incomprensibles o de naturaleza alterada. Ej: Cuentos de los hermanos Grimm y de Hans Christian Andersen.



REALISMO MÁGICO

Mundo realista + hecho fantástico / actitud de normalidad. Progresión inadvertida de la realidad a la ficción sin reacciones o sobresaltos que puedan evidenciar el límite entre ambos. *Pedro Páramo* y *Cien años de soledad*.



REALISMO INSÓLITO

Mundo realista + hecho irreal / ambiente de incertidumbre. El hecho irreal abre la posibilidad de que las leyes que rigen el mundo conocido se hayan quebrado. Generalmente

resulta del engaño de los sentidos, que al final resulta tener una explicación razonable. Ej: *Otra vuelta de tuerca* y “Los crímenes de la calle Morgue”.

Abdul C. Bornio



Amor amarillo

Alejandra Cruz Escalante

Como en todo no daré detalles

Desnuda ante viejos
solísima de encuentros
Vestida de papeles
en calles de la ciudad Distancia
pierde esta historia

Los viejos visten de hielo el himen de las niñas
Erotizan su piel
con el incesto de sus dedos

Ellas abren con la lengua el mar
o el océano les entra en la boca

Vómitos de agua salada
queman su garganta

Para que su mar fluya
amarillo de historias y placeres,
tú te vistes de distancia

Seduces la superficie congelada
se agitan las aguas
el mar
se desborda
la insatisfacción parece
Esperas

Como en todo no daré detalles.



Perspectiva

Alan Guagnelli

Qué aburrido es ser dios
y tan sólo observar
lo que el ojo derecho
ya conoce, y el otro
incluso comprende.

Sin sorpresa observo
los monótonos ruegos,
sus pecados inútiles,
movimientos vacíos,
reflexiones calladas,

sus frenéticas danzas
de regazo a regazo,
rellenando las fosas
de cabezas infantiles,
de huesos inertes.

Los “dioses” no tenemos
ni tiempo ni espacio,
tan sólo una imagen
con muertos que rezan
que no los maten.



Soneto biodegradable

Mamilo

Universo obtuso que se consume
al ser enterrado en su propio verso;
con lentitud el mineral perfuma,
reduce su ser en la forma inmerso.

Estremece la tierra ¡Baluma!
En sí-la-ba de lo converso;
reina su templo en la espuma,
su voz, en lo perverso.

Colapso en la cima,
quiebra el papel,
de las rimas

a piel
sima
Él.

